

Manuel Rodríguez Lapuente: uno para todos y uno para cada quien<sup>1</sup>  
Reseña de *Manuel Rodríguez Lapuente: Artesano de la Enseñanza*.  
2007 Salvador Acosta Romero, coordinador. Guadalajara: Centro  
Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. 147 págs; Ilust.;  
DVD. ISBN 978-970-27-1156-8

Todos los que contribuimos con un texto para este libro somos ahora, por virtud de esta obra, más que amigos, aunque ya algunos tuviéramos establecidos esos lazos de amistad con anterioridad. Digo que ahora somos más que amigos porque todos nos hemos pronunciado al unísono y en prodigioso consenso para hablar a favor de Manuel Rodríguez Lapuente; es su figura la que nos ha puesto de acuerdo y esta avenencia no se logra tan fácil en las amistades, sino entre socios solidarios.

Es la personalidad del Maestro Lapuente la que nos ha inducido a decir la verdad y nos ha hecho coincidir en nuestras consideraciones, pero al mismo tiempo nos ha permitido participar en una empresa difícil que hubiera sido casi imposible para una sola persona: crear una semblanza digna, justa, completa de un gran ser humano, académico, amigo, padre, luchador social, precursor de grandes avances científicos y “maestro”. No creo que lo hayamos logrado del todo, pero sí hemos conseguido avanzar en construir una visión ordenada, clara y sólida, un buen retrato hablado –más bien escrito–, una imagen, de Manuel Rodríguez Lapuente.

Queda ciertamente mucho por decir, pero esta primera aproximación, creo que nos pone en el camino de seguir explorando su rica trayectoria y además –quizás suene demasiado pretencioso–, con este testimonial hemos instituido, sin proponérselo, un nuevo género de escritura de las semblanzas.

Ahora que he leído el libro, me doy cuenta que lo que dije en la parte que me correspondió, aborda rasgos singulares del carácter de Rodríguez Lapuente, pero que son plenamente congruentes con lo dicho por los otros autores. Si me pusiera exigente queriendo hallar el hilo conductor de todos estos testimonios, serían vanos mis esfuerzos, porque cada quien dijo lo que quiso, como lo deci-

<sup>1</sup> Texto leído en la presentación del libro reseñado el 22 de junio de 2007, cuarto aniversario luctuoso de Manuel Rodríguez Lapuente, en el Departamento de Estudios en Cultura Regional, Universidad de Guadalajara.

dió y en la extensión que determinó; pero las coincidencias que todos exhibimos en esta edición no son mérito nuestro, porque están determinadas por el personaje que nos inspiró, porque ninguno de los que conocimos al Maestro Lapuente podemos negar quién fue para todos y quien fue para cada uno de nosotros.

Así nos damos cuenta de que fue para todos un hombre de ideas adelantadas a nuestro tiempo, a nuestro contexto, luchador incansable contra la ignorancia, impulsor de la investigación en ciencias sociales, crítico de nuestras mayores penalidades como sociedad y como nación, conocedor de una gran cantidad de pensadores, de obras literarias y hábil administrador de iniciativas.

No importa qué estilo tengamos cada uno de los que escribimos este volumen, la tarea de hablar de Manuel, como lo llama Hugo Gutiérrez Vega, obró el prodigio de escribir con amenidad, aunque en mi caso dudo que así haya sido. Su muerte –hace cuatro años– nos provocó tristeza pero al mismo tiempo nutrió nuestro ánimo de hablar de él para seguir manteniendo viva su memoria y seguir contando con su presencia, en eso todos estamos de acuerdo, y lo hemos logrado y gracias a los esfuerzos de Salvador Acosta y de sus colaboradores, ahora nuestros testimonios convertidos en libro pueden encontrar nuevos cómplices entre los lectores.

Es un trabajo muy sólido, con un cuerpo articulado que nos muestra al humanista, al padre, al político activista de los partidos de oposición, al maestro, al director de Estudios Sociales y de la Facultad de Filosofía y Letras, al director de la Revista de la Universidad de Guadalajara, al autor de libros, al organizador de mítines y de reuniones académicas, al asesor de dirigentes políticos, al profesor severo y encantador, al explorador de nuevos caminos para el desarrollo de la ciencia, para la difusión del conocimiento.

Todo eso está en este libro, dicho con sencillez, sin artilugios, porque lo hemos hecho hablando con familiaridad de una persona cercana a la que tenemos mucho que agradecerle como sus alumnos, como sus amigos, como sus colegas, como sus compañeros de ruta, como sus admiradores.

Para mí, Rodríguez Lapuente, además de lo que he dicho en mi escrito, significó el director de una dependencia universitaria que hacía que valiera la pena trabajar en el Departamento Editorial donde estábamos dedicados, entre otros deberes, a producir los libros que se elaboraban en el Instituto de Estudios Sociales dirigido por él, que se nos encargaban para editarlos, eran productos que le otorgaban otro nivel, más satisfactorio, al Departamento Editorial; las

coleccionados del IES eran los sombreros de saldar y eran los únicos títulos que, cuando nos atrevíamos a darlos a conocer a los medios de comunicación de la ciudad de México, siempre recibían elogiosas menciones.

La salud de que hoy gozan las ciencias sociales en la Universidad de Guadalajara es fruto de lo que Rodríguez Lapuente sembró, de los investigadores que se formaron y trabajaron con él y que han realizado una tarea multiplicadora; y si tenemos un gran prestigio como institución de educación superior, es en gran parte gracias al desarrollo que hemos obtenido en ciencias sociales, precisamente.

Pero no crean que este libro sólo habla de cosas serias y sublimes, que las tiene, también refiere las famosas salidas humorísticas que el Maestro tenía para tantas situaciones y que eran reflejo de su aguda inteligencia y de su inigualable agilidad mental que le otorgaban contundencia y rapidez en la respuesta. Es por lo tanto, además de todo, un libro divertido.

Y para incrementar el registro de sus anécdotas jocosas, voy a referir una que nos sucedió a Alejandro Vargas y a mi, junto al maestro y de antemano pido disculpas a todos por el tipo de palabras que uso para guardar fidelidad al lenguaje.

Estábamos un día en una mesa del Café Rodríguez Lapuente, Alejandro Vargas, un abogado que tenía tanta buena fama de homosexual como de escritor talentoso, y yo. El Maestro Lapuente era en ese entonces director de la revista de la Universidad de Guadalajara y le decía a Alejandro, quien era su editor, más o menos estas palabras: “debemos conseguir que los universitarios escriban más, debemos tener artículos de reserva para la revista, tiene que invitar a más personas a colaborar”, y Alejandro, al mismo tiempo que asentía a lo que le decía su jefe, se dirigía al abogado y le decía llanamente: “ya ves, ¿cuántas veces te he dicho lo mismo?, ¡ándale!, ¡no seas puto y escribe un artículo!”, a lo que el abogado respondió que sí, que escribiría un artículo. Acto seguido se fue al baño, ocasión que Lapuente aprovechó para preguntarle a Alejandro lo que sigue: “¿y en que orden quiere que el abogado haga lo que le pide: que no sea puto y que escriba un artículo?, porque nos urgen los artículos.”

Les recomiendo ampliamente la lectura de este libro, pues además de que nos mostrará muchas facetas de Rodríguez Lapuente, presenta sorpresas muy agradables permite conocer una de las figuras más nobles e interesantes de la

historia de la Universidad de Guadalajara. Esta lectura permitirá sin duda reconocer las certezas que el maestro nos enseñó.

Y para terminar, quiero pronunciar la misma frase final que él dijo cuando le otorgaron el nombramiento de Maestro Emérito: “seguiremos continuando”.

Antonio Venzor Castañeda  
Psicólogo, Secretaria Técnica de Rectoría, UdeG.